

Jorge Gelman y los espacios de construcción del saber histórico



Eduardo Míguez

Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.
Correo electrónico: eduardojosemiguez@gmail.com.

Artículo recibido: 10 de noviembre de 2019
Aprobación final: 10 de diciembre de 2019

Resumen

Se presentan algunas formas de construcción de saber histórico elaboradas por Jorge Gelman en el campo de la disciplina.

Palabras clave: Historia, Saber histórico, Biografía, Jorge Gelman.

Jorge Gelman and the spaces of historic knowledge construction

Abstract

Some Jorge Gelman's ways of construction of historical knowledge are presented, and also his contributions to the area.

Keywords: History, Historical knowledge, Biography, Jorge Gelman.

Aspectos cruciales del pasado económico, social y también ocasionalmente del político de América Latina, en particular, del Río de la Plata, han sido iluminados por la obra de Jorge Gelman. Su contribución al crecimiento del saber histórico, sin embargo, no se limitó a ese invaluable legado. El crecimiento de las ciencias, tal como existen en nuestro siglo, requiere que los científicos, además de generar nuevos conocimientos, de responder a nuevas preguntas, se ocupen de formar a las futuras generaciones de investigadores y de construir y sostener a las instituciones que ofrecen el marco y el sustento para la construcción del saber. Diría algo

más. La ciencia en general, y en especial las ciencias sociales, particularmente la historia, tienen asimismo la obligación de difundir sus resultados en la sociedad bajo formas accesibles y de incidir sobre la imagen del mundo que en ella prevalece. Incluir entonces en una celebración del legado de Jorge Gelman una sección sobre las “Dimensiones de la tarea del historiador: formación de investigadores, divulgación y consolidación institucional” ha sido una idea muy acertada.

Gelman no era particularmente propenso a reflexionar de manera conceptual sobre su profesión. En esto tenía un espíritu práctico. Las elucubraciones teóricas o epistemológicas no lo seducían. Y, sin embargo, tenía una noción muy precisa de lo que la labor del historiador requería, percibida, precisamente, a través de ese espíritu práctico. Como es sabido, renunciando al monismo metodológico, la epistemología de las últimas décadas ha enfatizado la importancia de las comunidades y las instituciones científicas en la construcción del saber. Simplificando en extremo, podríamos decir que la definición de ciencia es aquello que hacen las comunidades de científicos. Así, los espacios operacionales de ese saber son la esencia de la reproducción de la ciencia. Jorge Gelman se destacó en el desarrollo de esos espacios tanto como en la investigación y en la construcción de una imagen del pasado.

Su trayectoria personal fue sin duda azarosa en sus tramos iniciales. Llegado a adulto –si es que se es adulto aún en esa edad que los norteamericanos llaman *teenager*– en tiempos turbulentos, su sentido del deber lo llevó a la militancia, la cárcel y el exilio, y fue recién allí que pudo dar curso a su vocación de historiador. Como era habitual en él, abrevió los tiempos de su formación, y cuando pudo regresar a la Argentina ya era un historiador solvente, que contribuía con consistencia a la comprensión del pasado del país, de la región, y en última instancia, al conocimiento histórico como disciplina académica. Otros trabajos en esta publicación se ocuparán del análisis de esta producción fundamental, que era el núcleo de su vocación; nos ocuparemos aquí, entonces, de su contribución al desarrollo institucional del quehacer historiográfico profesional.

¿Existe, sin embargo, alguna forma de pensar este aporte en relación con su producción de trabajos científicos? Desde luego, una relación es evidente. Si el desarrollo de la profesión se da en el marco de las instituciones, solo quienes la practican, y lo hacen de manera destacada, están capacitados para orientar las instituciones de forma que mejor contribuyan al progreso del conocimiento histórico. Esta es, sin duda, la perspectiva central desde la cual Gelman contribuyó al desarrollo de la actividad institucional, y a ella regresaremos.

Pero la pregunta puede pensarse en un sentido inverso. Intentar considerar no ya cómo se vincula el gestor de instituciones a la historia, sino cómo el historiador aparece en el gestor institucional. Como la persona que era Jorge Daniel Gelman escribiendo historia era la misma que contribuía al crecimiento de sus colegas, de la disciplina y de la difusión del saber histórico en su acción en las instituciones. Al pensarlo, la respuesta aparece bastante evidente. El historiador debe comprender a los actores y su contexto para tratar de dar cuenta del sentido de

las acciones que estudia. Y esa capacidad de comprender al otro y sus circunstancias, tratando de ver por qué actúa como lo hace en determinado momento, se traslada a la necesidad de comprender a los otros actores institucionales, sus contextos y sus lógicas, que permite adoptar las opciones que promueven mejor el desarrollo de la actividad académica.

Desde luego, la capacidad de comprender está presente en toda la obra de Gelman. Cuando se es historiador de alma y de oficio, como él lo era, trabajosos cálculos económicos sirven para develar la lógica de los actores. Los niveles de salarios, las opciones laborales de las personas que no disponen sino de su fuerza de trabajo, la distribución del ingreso, la rentabilidad empresaria, emergen de rigurosos datos y análisis cuantitativos, pero nos devuelven a la conducta humana. Quiero sin embargo destacar aquí un argumento que puede considerarse extremadamente revelador de esta dimensión de su trabajo.

Una pregunta central de *Rosas bajo Fuego* es sobre el porqué de la rebelión de los sectores terratenientes frente a un gobierno que se suponía los representaba. Y aún si no los representaba, como su propia investigación ha tendido a sugerir, era al menos afín en muchos aspectos, incluyendo el trasfondo económico de su líder, también estudiado *in extenso* por Gelman. La respuesta es inevitablemente compleja. Aparecen desde factores de identidades políticas hasta aspectos económicos vinculados a los efectos del bloqueo y la presión fiscal consecuente. Todos ellos habían sido considerados en trabajos de otros autores, sin desmedro de los sólidos y novedosos aportes de ese libro. Pero hay un argumento, muy original, que va más allá de lo más obvio. El estilo de gobierno de Rosas, centralizando el poder, nos dice Gelman, crea descontento en los sectores acostumbrados a participar en la toma de decisiones, o al menos, en el proceso que conduce a ella. El personalismo de Rosas, y su lógica autónoma en la actuación política, irrita a los sectores que tradicionalmente participan del poder. Pensar en los procesos políticos en estos términos no solo aporta una perspectiva de análisis histórico iluminadora; destaca además los mecanismos de interacción humana en el marco de cualquier institución. Este enriquecimiento mutuo entre el ejercicio profesional y la práctica institucional sin duda fue un área en la que Gelman descolló.

Y lo hizo a pesar de que su vocación por la gestión sin duda no era muy fuerte. Creo que la resistencia de Gelman a asumir funciones administrativas hace particularmente encomiable lo bien que las llevaba a cabo. Y quizás en buena medida una cosa y la otra hayan estado muy relacionadas. Gelman tenía una profunda vocación intelectual. Desarrollar el conocimiento, investigar, reflexionar sobre el pasado y la realidad presente realmente lo apasionaba. Y como extensión de esta vocación, figura naturalmente la actividad docente y de divulgación histórica. No tenía, en cambio, interés en el poder –sí, claro, como objeto de estudio, pero no como posición social. Si las funciones administrativas confieren poder, Jorge Gelman nunca mostró interés en alcanzarlas por ese motivo. Y seguramente eso hizo que las ejerciera de manera más sabia.

El consenso en torno a su gestión en el Instituto Ravignani seguramente es una notable expresión de esto. En un ámbito donde tantas personas tienen los más legítimos derechos a aspirar a funciones de dirección en virtud de sus antecedentes profesionales, la humildad que es consecuencia de la falta de ambición de poder permite ejercer la conducción como una búsqueda de acuerdos, dando gran autoridad a quien así se la desempeña. Si su antecesor, José Carlos Chiaramonte, podía establecer criterios con la ventaja de su trayectoria más prolongada, siendo más joven que varios de sus colegas del Instituto, Gelman debía apelar a la capacidad de lograr acuerdos y procesar conflictos.

Ahora bien, ¿qué motivaba a Gelman a asumir esas funciones si no tenía gran vocación por hacerlo? Testimonio de esto último es como, en los que serían los meses finales de su vida, llegando ya a completarse el término de su mandato en el Instituto Ravignani, la perspectiva de un sabático dedicado leer, pensar y escribir, lo entusiasmaba enormemente. Que pese a ello sobrellevara cargos de conducción emergía de la forma de entender su profesión. En una reunión en que se recordaba y homenajeara a Jorge junto a otros colegas que ya no están, se señalaba que para aquella generación, y particularmente para Jorge, el ejercicio de la profesión priorizaba el compromiso social por sobre la carrera profesional. Esto trae consecuencias muy importantes. Si el desarrollo de la profesión requiere marcos institucionales, optimizar el funcionamiento de esos marcos es una forma de desarrollar la vocación histórica.

Pero ese desarrollo no tiene por fin solamente alcanzar el mayor reconocimiento profesional posible. En esa dimensión más individual, el trabajo de Gelman fue sistemático y, como era él, prolijo. Su carrera sin duda es ejemplar. Lo es por dos motivos. Por un lado, porque sentía la obligación de hacer las cosas lo mejor posible, con gran cuidado por el detalle, y eso se ve en la forma en que condujo su producción académica. Pero lo era así mismo porque el compromiso ético de mejorar la sociedad se ofrecía en su caso, entre otras cosas, pero centralmente, en la práctica profesional.

Esa actitud no es estrictamente modestia, es más bien una ambición trascendente. Buscar que el significado de la vida propia consista en el aporte que se hace a la sociedad. La ambición de poder hacer algo por el conjunto, que más allá del reconocimiento que pueda despertar en otros, sobre todo genere la satisfacción de haber cumplido con lo que se considera el deber.

Así, Gelman desempeñó las labores de conducción en base a criterios muy precisos, que tenían por fin el desarrollo del conocimiento histórico. Dar prioridad a vínculos personales, o criterios de conveniencia individual, o redes facciosas, fenómenos tan frecuentes en los medios académicos, quedaba naturalmente excluido, porque eran ajenos a los criterios de mejora del conocimiento histórico, además de moralmente condenables, en su criterio. Su desempeño en las comisiones del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) lo mostraba aplicando criterios basados siempre en parámetros equitativos y profesionales. No importaban los nombres propios de personas más o menos allegadas; lo que

valía era el aporte al desarrollo historiográfico. Con la amplitud para considerar diferentes opiniones al respecto, pero con rigor para excluir consideraciones de otro tipo. La calidad del trabajo –mucho más que la cantidad de las publicaciones– era el estándar para evaluar la labor de otros, porque era también el que se exigía para la propia. Si su producción fue copiosa, siempre lo ha sido en un marco de rigor. Producía mucho porque trabajaba mucho –y dormía poco– pero todo lo hacía con ese compromiso esencial con el rigor y la calidad.

Y lo mismo exigía a los demás. La calidad de las tesis doctorales de sus dirigidos testimonia ese rigor. Si muchos de los discípulos de Gelman están llevando a cabo carreras brillantes, no se debe a que los protegiera desde posiciones de poder. No hacía falta. Su contribución a esas carreras estaba en el respeto al talento de sus dirigidos y en transmitirles esa vocación por el rigor analítico y el compromiso con el saber.

Alta exigencia en lo profesional, vocación por promover el conocimiento, desapego al poder, comprensión de sus colegas y las circunstancias. Una combinación de virtudes que llevaron a Jorge Gelman a ocupar un lugar preeminente en el desarrollo institucional de la profesión. Su obsesión por el detalle, la meticulosidad con que trataba tanto la información extraída de las fuentes históricas como los meandros de la vida institucional, sin perder por ello la calidez humana que hacía que quienes lo rodeaban se sintieran más propensos a contribuir al desarrollo de los proyectos comunes, fueron rasgos definitorios de su labor de gestor.

Llevaría demasiadas páginas resumir esa intensa actividad de desarrollo institucional; me limitaré, entonces, a destacar algunas acciones que la caracterizan. Gelman no inició temprano esta labor, seguramente debido en parte a su escasa vocación por ella, y en parte a los variados derroteros de su vida. Pero cuando su aporte fue necesario consideró que era su obligación asumir el compromiso, y así lo hizo, haciéndose cargo de un conjunto variado de tareas. Y en ellas, junto a las virtudes señaladas, y en consecuencia de ellas, se destacó por su capacidad para concebir proyectos, ponerlos en marcha, y asegurarse que se concreten. En la difícil tarea de reemplazar a Chiaramonte en la conducción del Instituto fue seguramente donde Jorge Gelman dejó su huella más notoria en el campo institucional. Más allá de la trabajosa instalación de un centro en su doble dependencia de organismos poderosos y complejos, como son la Universidad de Buenos Aires (UBA) y el CONICET, lo notable de su gestión fue el vigor con que estimuló las diversas iniciativas de la mayor institución de investigación histórica de la Argentina. En un cuerpo tan rico y bien dotado de talento es previsible el sostenimiento de la calidad de la labor; lo difícil, y lo que Gelman logró admirablemente, fue sostener la armonía que hace que una institución progrese.

Si el Instituto de la UBA es sin duda el centro de referencia de la historia argentina, la apertura a los historiadores del país y del mundo fue uno de los rasgos que la gestión de Gelman contribuyó a consolidar. Y en ese aspecto, la Red de Estudios Rurales, que coordinaban con José Luís Moreno y Raúl Fradkin, y más tarde, Julio Djenderedjian, con sede en el Instituto, fue un instrumento importante. Sus

reuniones sirvieron para que investigadores de todo el país y visitantes extranjeros intercambiaran ideas sobre sus investigaciones.

Gelman también actuó en otra dimensión de la labor institucional. La ecuanimidad de su juicio, así como su rigor académico, hicieron que su contribución a los procesos de evaluación fuera muy destacada. Ocupó por una etapa la co-coordinación del área humanística en la Agencia Nacional de Promoción de la Ciencia y la Tecnología y, como ya se señaló, también actuó en CONICET, donde seguramente una mayor presencia suya en la toma de decisiones hubiera mejorado la gestión

En la interfase entre la gestión y la producción científica, una típica expresión de los proyectos que Gelman promovía fue la reunión de balance sobre la historia económica en la argentina que se efectuara en el Instituto en 2005 y que diera lugar al volumen compilado por él, *La historia económica argentina en la encrucijada* (Asociación Argentina de Historia Económica-Prometeo, 2006). Gelman participó de la Asociación desde su regreso a la Argentina y, típicamente, cuando le tocó dirigirla, aprovechó la ocasión para emprender un proyecto destinado a efectuar un balance de lo realizado en el campo en los 20 años previos, y avizorar las líneas posibles de desarrollo futuro. La introducción a ese volumen presenta una notable síntesis entre la percepción histórica de Gelman, su talento para identificar procesos (historiográficos, en este caso), y su concepción del desarrollo de la disciplina. Por detrás de ese breve texto asoma la esencia de la forma en que entendía la gestión en el desarrollo del conocimiento.

Vale la pena destacar otro de sus esfuerzos editoriales, llevados a cabo para la misma época. Cuando la crisis de 2001 estimuló una revisión del pasado nacional que impactó en amplios sectores sociales, el espacio de “curiosidad o de tratar de entender cómo llegamos a donde llegamos” (en palabras de Gelman) fue llenado en buena medida por versiones oportunistas del pasado. Lo que él veía como la creciente “pasión por conocer y aprender del pasado”, no confluía, como sería deseable, con la pujante “investigación que realizan los historiadores profesionales en las universidades y otras instituciones científicas”. Frente a esa paradoja, que preocupaba a muchos investigadores, Gelman desarrolló la colección Nudos de la Historia (editorial Sudamericana, las citas son de su presentación en las solapas), “nacida para crear ese puente”, para que buenos historiadores pusieran el resultado de su labor al alcance de un público amplio. Si seguramente el éxito de este notable esfuerzo fue por varias razones menos vigoroso de lo esperado (en tanto las versiones oportunistas vendían decenas de miles de ejemplares, pocos volúmenes de esta colección lograron superar la venta de los 3.000 iniciales), cabe enfatizar la voluntad de Gelman de no limitarse a lamentar una situación, si no de buscarle una solución. Otro destacado proyecto editorial fue la sección de Historia argentina de la colección de MAPFRE de historia iberoamericana. Gelman convocó para ella a los más destacados historiadores, logrando sólidos volúmenes.

En un plano más próximo a la investigación concreta, su gran proyecto sobre desigualdades sociales y regionales articuló la participación de investigadores de todo el país. El diálogo entre ellos y con investigadores invitados, desarrollado

en más de una ocasión en las salas “del Ravignani”, permitió que los trabajos se fueran enriqueciendo, lo que se reflejó en el notable volumen que Gelman editara bajo el título *El mapa de la desigualdad en la Argentina del siglo XIX* (Prohistoria, 2011). En cada una de estas empresas, su capacidad de diálogo le permitió sacar lo mejor de cada una de las personas con las que compartía el proyecto.

La historiografía argentina tiene mucho que agradecer a Jorge Gelman. Por años seguiremos leyendo sus textos. Su aporte en la historia agraria, social, en la económica, y ocasionalmente, también en la política, seguirá siendo una referencia por décadas. Y sus trabajos sobre precios, salarios y la desigualdad son un verdadero punto de partida en un campo de la historiografía internacional en el que abrió terreno en la Argentina.

Esto último es particularmente importante. Gelman fue un gran promotor de la apertura externa de nuestra historiografía local, que muchas veces exhibe cierta tendencia provinciana. Allí descolla su nexa con España, con Francia y con otros países de América Latina. Solo como ejemplo, el notable volumen que coordinara con Enrique Llopis y Carlos Marichal sobre *Iberoamérica y España antes de las independencias, 1700-1820* (Instituto Mora, Colegio de México, 2014), sintetizando la renovada visión sobre la economía de la región en esa etapa. Pero más allá de los logros particulares, es notoria su vocación por poner a la Argentina en diálogo dentro de la historiografía global. Esto es particularmente visible en la última etapa de su labor, tanto en sus propios trabajos como en la promoción de la profesión. En esos años, Gelman fue enfatizando su dedicación a la historia económica; construyeron con Daniel Santilli esa extraordinaria base de datos sobre Contribución Directa y sobre precios y salarios (la cual, además de permitir sólidos resultados, facilitaba generosamente información a colegas para sus propios trabajos) y promovió una discusión que retomaba un tema candente de la historia económica en el mundo.

Sus aportes científicos quedarán sólidamente registrados en la historia de la historiografía argentina. En el campo institucional, su ausencia deja un notable vacío. Fue un gran articulador del campo profesional. Tuvo una enorme capacidad para hacer que los demás hagan. Además de su valiosísima producción de historiador, Jorge Gelman fue un gran promotor de la ciencia histórica.